

A UN AÑO DE ALBERTO

Alberto Guerra-Trigueros nació en Rivas, Nicaragua, en 1898, de padre nicaragüense y madre salvadoreña. Vivió en diversos países de Centro América, América y Europa. Residió la mayor parte de su vida en San Salvador. Murió aquí en 22 de junio de 1950. Obras publicadas: *Silencio*, poesía, San Salvador 1920; *El Surtidor de Estrellas*, San José Costa Rica, 1929; *Poesía versus Arte*, conferencia, San Salvador, 1943; *El libro, el hombre y la cultura*, conferencia, San Salvador, 1948. Inéditas: *Minuto de Silencio*, prosa; *Poema póstumo*; *Vivir*, *Ensayos*.

El espíritu de un amigo no puede, aunque la muerte se interponga, dejar de estar muy cerca de uno. Para mí su consejo fué valiosísimo y su presencia cariñosamente estimuladora por los lazos de la sangre y, principalmente, por los del espíritu.

No olvidaré jamás la víspera de su viaje a Nueva York, pocos meses antes de su fin. Estuvimos conversando de muchas cosas y, antes de despedirnos, lo recuerdo bien, de **Hoja**, órgano de publicidad de la Casa de la Cultura, cuyo primer número y último desgraciadamente, él dirigió con esa meticulosidad suya, en el fondo de su irreprochable buen gusto, de su responsabilidad escrupulosa y de su deseo de poner las cosas en su punto. En los últimos tiempos antes de aquel viaje, **Hoja** fué su preocupación primordial. Llegaba a vernos casi siempre cerca de mediodía con algo entre manos: un artículo, una plana del periódico proyectada sobre el papel con todo detalle, una idea interesante. La charla se prolongaba y juntos nos encaminábamos a casa. Como nuestra ciudad es quebrada y con altibajos en sus calles, al llegar a la Avenida España, cuando ésta empieza a subir hacia el norte, iniciaba Alberto su zigzagüeo de una acera a otra sin importarle la curiosidad de los transeúntes, a fin de no fatigarse. Llevaba frecuentemente, bajo el brazo, una revista, un libro o si no, su inseparable verso y prosa en **Protoplasma**, gruesos cuadernos de apuntes, núcleo de muchos poemas y artículos suyos. Le veo chiquito y menudo, marfileño y vestido de azul. Le veo serio, seriesísimo, empeñado en cuidar su salud ya en vilo (él lo sabía bien) y tejida y destejida por manos inexorables, invisibles.

Veo ahora su rostro, como en un **close-up**, sonreír maliciosamente, con la malicia sana del hombre esencializado ya en sus cosas, intelectualmente agudo, pero humano y además tierno y afectuoso para el reducido grupo de los que supieron comprenderle.

"Chinito que estás ahí..."

Está en cama, limpio y rasurado, pálido y en reposo, diciendo, con aquella su voz lenta en inconfundible cuando leía, dando a cada palabra su valor, uno de sus más hondos y trabajados poemas. Enfrente de él, colgando de la pared, el retrato que le hizo Amighetti; y la verdad que yo no sé en cuál hay más angustia, si en el extático del lienzo o en este otro movable y nervioso que va escandiendo los versos y blandiendo a ratos la mano como un crucifijo.

Y meses adelante, ya en pie él ahora, en el patio de la Casa de la Cultura, leyéndonos su poema **Cáncer**, de tan difícil asonancia. Y aquella vez sobre un chibalete ordenando una página de **Hoja**... Podría seguir enhebrando recuerdos, pero me resulta doloroso.

Continúo pensando en el estudio crítico a realizar sobre Alberto, después de remover, vaciar y escudriñar las bolsas en donde guardaba, recortados y clasificados, sus artículos. Me prometí hacerlo. Debo cumplirlo un día.

¿Cómo era Alberto? El P. Angel Martínez escribió todo un libro para definirle. Este libro sólo el P. Martínez pudo escribirlo. El acompañó a Alberto durante toda su enfermedad, recogiendo su último aliento como sacerdote y amigo, ¡gran consuelo para un poeta moribundo! ¿Cómo era Alberto? ¿Lo sabía él mismo? ¿Lo supo el P. Martínez en aquellos instantes definitivos? Fué un cristiano de la raza de los atormentados. De aquí sería preciso partir para una indagatoria sobre su complejo espíritu. Partir del significado de su apellido: **guerra**, con el objeto de arribar a una clara definición. El libro del P. Martínez, **Esto se llama Alberto**, que recoge varios mensajes llegados en clave desde muy lejos y descifrados por él en términos de exaltada y profunda poesía, servirá de brújula indispensable para obtener esa definición.

Habría que hablar de **Tristán**. Sí, ¿por qué no? De su paraguas. En invierno le acompañaba siempre, aunque lo olvidara a veces. Habría que tratar de su activo desorden, de su anti-torremarfilismo, de su sentido del deber como escritor, de su gusto por la forma sencilla, directa, aun cuando ésta le costara, sobre todo en sus poemas largos, un forcejeo arduo e intenso con el idioma. Suscitador y receptor inteligente y siempre dispuesto de pensamientos, cualquier idea u opinión provocaba en él diversas resonancias, reacciones diversas, sutiles razonamientos, manifestaciones de un espíritu en constante vibración, ávido de discutir. La objeción como un acicate, no como agua que viene a extinguir el chisporroteo mental. ¿Y su estilo? Un tiempo la superficialidad y el prurito formalista difundieron, entre los literatos locales, la especie de que su estilo era abstruso. No supieron o no quisieron leer. Desarmónico, sí; seco también a las veces. Sin sensuales cadencias ni complacencias, también. Mas, asimismo, rico en contenido y empleado por su autor como un instrumento de pensar, de rastrear ideas, no como una estilográfica bonita. Pudo no gustar, pero ese estilo existe, es; se le halla en sus ensayos, en sus artículos; vive y es eficaz, y lo seguirá siendo, pese a la carcoma del olvido y del tiempo devorador.

Alberto fué incansillable, por su individualismo y su timidez a ultranza. Sin embargo, habrá que tomar aspectos suyos y de su obra como quien toma diversas fotografías, desde ángulos distintos, para reconstruir plenamente su figura de artista y hombre. Entonces será indispensable distribuir aquélla metódicamente con la seguridad, quien en ella bucee, de encontrar magnífico material crítico.

A un año Alberto de nosotros. A x años de luz su espíritu.

LUIS GALLEGOS VALDES.

San Salvador, Junio 1951.